

El pensamiento geopolítico latinoamericano en los 90

Roberto González Gómez

Profesor. Instituto Superior de Relaciones Internacionales (ISRI).

Disciplina surgida a fines del siglo XIX y comienzos del XX, la Geopolítica —bautizada por el sueco germanizado Rudolf Kjellen— estudia la relación dinámica entre los factores geográficos y el poder político, de la cual pretende extraer conclusiones que guíen la conducta exterior de los Estados.¹

A diferencia de la Geografía política, eminentemente descriptiva, la Geopolítica analiza la significación de los espacios de la tierra para la conducción política y militar, y trata de erigirse en «conciencia geográfica del Estado».² Creada en una época en que las principales potencias se volcaron a un curso imperialista, la Geopolítica va a constituir la racionalización, sobre apoyaturas geográficas, del expansionismo de esos Estados. Por ello, se desarrolló bajo la impronta de los intereses particulares de cada gran potencia y, por consiguiente, está permeada de ideologismo nacionalista imperial. De hecho, la Geopolítica no se estructura como un conocimiento científico objetivo, y van a coexistir varias Geopolíticas que se corresponden con los imperialismos en marcha.³ La disciplina nace en Alemania —aunque sus fundamentos pueden rastrearse en el pensamiento occidental de varios siglos—, pero

también emergen geopolíticas británica, francesa, norteamericana y, en este siglo —y de importancia directa para nuestro tema—, una Geopolítica latinoamericana.

La Alemania del Kaiser, en una posición relativamente central en Europa, ambicionaba territorios al este, y procuraba evitar una guerra en dos frentes. Sus geopolíticos subrayaban —con el concepto de *Lebensraum* [espacio vital], el «hambre de espacio» del imperialismo germano, estimulado por la obra de Friedrich Ratzel y Kjellen. Mientras, los británicos, ante todo Halford MacKinder, subrayaban la importancia del poderío naval, base de sustentación de la supremacía de Inglaterra, amenazado solo por el eventual surgimiento de un gran poder terrestre en Eurasia. Desde entonces esta quedó como la masa continental fundamental del planeta, cuyo dominio lleva implícita la hegemonía mundial. En los Estados Unidos, Alfred Mahan, otro promotor del poderío naval, esbozó el esquema de la expansión inicial del emergente imperialismo norteamericano y su ascenso a segunda potencia naval del mundo, sobre la base de su dominio del Caribe, el Canal de Panamá y sus accesos, y bases

navales a través del Pacífico. Teórico del poder marítimo, el pensamiento de Mahan tenía indudables implicaciones geopolíticas, aunque se desarrolló al margen de la corriente principal europea.⁴

En el periodo entre las dos guerras mundiales, Karl Haushofer fundamentaría el revanchismo germano en la posición de su país, cercana al corazón de Eurasia —el *Heartland* de Mackinder—, mientras abogaba por una firme alianza con Rusia (de tradición en el pensamiento político y militar prusiano) y una curiosa coalición con las potencias del Extremo Oriente: China y sobre todo Japón. En los Estados Unidos, Nicholas Spykman revalorizaba, por su parte, las zonas periféricas o marginales a la «isla mundial» (Eurasia), en especial la posición de los Estados Unidos —con costas en los dos grandes océanos— y diseñaba una estrategia de hegemonía mundial sustentada en la integración del hemisferio occidental bajo dirección norteamericana, y la búsqueda de equilibrios en Eurasia, por el este y el oeste, para impedir el surgimiento de un gran poder terrestre en esa masa continental, decisiva para la historia.⁵

La Geopolítica, sin dudas, tuvo la indudable virtud de profundizar la comprensión de la realidad geográfica, como ha señalado Geoffrey Parker,⁶ pero en el sentido de ese «saber estratégico que sirve para hacer la guerra», como lo ha subrayado un autor francés.⁷ Porque la Geopolítica, en sus cultivadores clásicos (de los cuales nos hemos limitado a mencionar los principales creadores de la disciplina) ha utilizado la geografía como un instrumento de confrontación, que contribuye a la rivalidad entre las naciones, a la sustentación ideológica de aspiraciones hegemónicas.

Después de la Segunda guerra mundial, la Geopolítica sufrió un eclipse de tres décadas. En un escenario convulsionado por la extensión de revoluciones socialistas y, sobre todo, por el proceso de descolonización, el descarnado lenguaje geopolítico, centrado en conceptos como «espacio vital», «zonas de influencia», «pueblos débiles incapaces de valorizar su espacio», se volvió anacrónico y contraproducente. Por otra parte, las relaciones de Haushofer con la dirigencia nazi —en particular con el lugarteniente de Hitler, Rudolf Hess— y los trabajos de su Instituto de Geopolítica de Munich, visto como una especie de *think tank* de la Alemania fascista, dieron un ominoso perfil a esta disciplina, que aparecía vinculada a las potencias del Eje, derrotadas en la conflagración mundial.⁸

Sin embargo, aunque surgida en Alemania, la Geopolítica no tenía una nacionalidad definida. Constituía una de las expresiones ideológicas de los imperialismos emergentes de comienzos de siglo, y algunos de sus principales y más vigentes exponentes,

como MacKinder, no eran alemanes ni formalmente fascistas. En las primeras décadas que siguieron a la Segunda guerra mundial, la Geopolítica, discretamente retirada de la atención pública, seguiría cultivándose en los círculos militares de las principales potencias y, en medida no despreciable, mostraría su impronta en la estrategia norteamericana de Guerra fría. El cerco de alianzas militares y bases aeronavales tendido en torno al bloque socialista, se corresponde plenamente con esenciales postulados geopolíticos que orientaban la acción desde las áreas marginales de Eurasia, para impedir o contener el control del *heartland* de la Isla mundial por un gran poder terrestre —en ese periodo, evidentemente, la Unión Soviética.⁹

Desde los años 70, sin embargo, se observa en Occidente un renacimiento no solo del lenguaje, sino también del enfoque y el método geopolíticos, ante todo en los Estados Unidos. Dos hombres —tal vez no por casualidad— de origen europeo han desempeñado en ello un papel destacado: Henry Kissinger y Zbigniew Brzezinski, asesores de Seguridad Nacional de presidentes norteamericanos en la penúltima década de la confrontación global con la URSS y el bloque socialista. Cuando el poderío soviético, en términos estratégicos, alcanzaba una proyección global, ambos recurrieron abiertamente al enfoque geopolítico para describir las amenazas, supuestas o reales, que provenían del adversario, y esbozar la respuesta norteamericana. En Kissinger, sin que reiterara los temas clásicos del pensamiento geopolítico europeo, se observa una atención priorizada a los vínculos entre la geografía y la dinámica de la confrontación, de claro perfil geopolítico. Por ello, no tiene razón Raymond Garthoff cuando, en su exhaustiva y brillante investigación sobre los últimos veinte años de la Guerra fría, considera que Kissinger simplemente utilizaba la expresión geopolítica para referirse a la política de poder, la *realpolitik* en el plano internacional.¹⁰ El vínculo es aún más claro en Brzezinski, que sí utiliza temas centrales del pensamiento geopolítico clásico. Bastaría repasar su concepción sobre el «arco de crisis», aplicada a lo que percibía como expansionismo soviético en Oriente Medio, y su revalorización, en términos perfectamente mackinderianos o hausnoferianos, de la importancia de Eurasia en su última obra *The Grand Chessboard*.¹¹

En la década de los 80, la agresiva y confrontacionista visión del mundo de los asesores neoconservadores de Ronald Reagan, se encuadraba dentro de una óptica geopolítica, claramente perceptible en el énfasis de Alexander Haig sobre las amenazas a las materias primas, y la importancia vital de ciertas regiones consideradas geoestratégicas, como el Golfo

Pérsico.¹² El renacimiento de la Geopolítica, desde luego, no se limitó a los Estados Unidos. Otras potencias comenzaron también a utilizar el viejo lenguaje de «esferas de influencia», «zonas estratégicas», y «vacíos de poder». Incluso en un actor internacional de predominante peso comercial y tecnológico como Japón, retirado por voluntad propia de la competencia estratégica entre los grandes poderes, un documento de principios de los años 80 del Ministerio de Industria y Comercio Internacional (MITI), describía, con claro enfoque geopolítico, la importancia de las rutas marítimas y de ciertas regiones y pasos oceánicos para la economía de ese país.¹³

Se trata de un regreso al enfoque geopolítico, pero más bien en su esencia confrontacionista, como racionalización de esfuerzos hegemónicos, que amenaza con volverse más descarnado en un momento de supremacía internacional de los Estados del centro capitalista, en particular de los Estados Unidos.

La Geopolítica en América Latina

A diferencia de otras regiones de Occidente, en América Latina no puede hablarse de renacimiento del pensamiento geopolítico, pues la disciplina fue cultivada activamente desde los años 30, muy especialmente en los círculos militares, con resonancia pública y de manera casi ininterrumpida hasta hoy, aunque experimentando modificaciones significativas y vinculándose a otras proyecciones ideológicas.¹⁴ Si bien presente en varios países del subcontinente, la Geopolítica ha tenido su centro principal en Brasil y los países del cono sur, en especial Chile y Argentina, y ha permeado el pensamiento de las élites militares y políticas.¹⁵

La Geopolítica brasileña ha sido, sin dudas, la más original y consistente de la región, y probablemente también la más amenazante, por provenir de la mayor nación latinoamericana, y dentro de una corriente geopolítica continental que, en buena medida, aunque con algunas adaptaciones inevitables, copia los rasgos fundamentales del pensamiento europeo.

Desde los trabajos pioneros de Everardo Backheuser hasta los del General Golbery do Couto e Silva —eminencia gris de los gobiernos militares de los años 60 y primeros 70—, pasando por Mario Travassos, Lysias Rodrigues, Jaime Ribeiro, hasta Carlos de Meira Matos, la Geopolítica brasileña se centra en el uso geoestratégico del espacio continental sudamericano, la valorización de sus grandes recursos naturales, su inmensa extensión geográfica, y de sus fronteras con gran parte de los países de América del Sur, así como de una influencia preponderante en el Atlántico Sur. El

concepto de «fronteras vivas» que sobresale en la obra de Golbery, tiene para los vecinos una carga ominosa de expansionismo, respaldada por la historia de la política imperial brasileña de un siglo, elaborada y ejecutada por estadistas como el Barón de Rio Branco, Ireneu de Souza y Teogilo Ottoni, y un antecedente más remoto en las agresivas infiltraciones de los bandeirantes paulistas.¹⁶

Desde el fin de la Segunda guerra mundial y en plena Guerra fría, es un pensamiento que va a sustentar la estrecha alianza de las élites dominantes militares y políticas de Brasil con Occidente en la gran confrontación global con el bloque socialista. El tema se repite, en una u otra medida, en las otras escuelas geopolíticas del Cono sur.

En Chile, la Geopolítica se desarrolla, sobre todo, desde los años 40. En los trabajos del General Ramón Cañas Montalvo y del grupo de la revista *Terra Australis*, se sigue una línea de pensamiento que consideran se remonta al fundador Bernardo O'Higgins y al estadista conservador Diego Portales. La disciplina se desarrolla en la obra de escritores del ejército y la armada, como Ramon Salinas, Julio Campos, Jorge Vallejo, Hernán Cubillos, Arturo Troncoso, y los profesores de la Academia de Guerra y generales, Julio Von Christmar y Augusto Pinochet.¹⁷

La Geopolítica chilena destaca las aspiraciones marítimas del país en el Pacífico Sur y el mar chileno hasta la Isla de Pascua, el control del Estrecho de Magallanes y el Canal de Beagle y una zona significativa de la Antártida. Si sobrevaloró la significación del Pacífico Sur (la dinámica central en ambos océanos, Pacífico y Atlántico, se desarrolla en su porción norte), contribuyó en no poca medida a atizar la rivalidad con Argentina, y ubicó claramente al país contra el régimen peronista en los años 40 y principios de los 50, y lo alineó con Occidente en las décadas de Guerra fría.

Luego de la experiencia peronista y de su intento de liderazgo en el Cono sur, la Geopolítica argentina —con autores como Jorge Atencio, J. P. Briano, y más tarde Augusto Rattenbach o R. Guglielmeli—, si bien exalta el papel de ese país en el Atlántico Sur, la reivindicación de las Malvinas y el rosario de islas hasta la Antártida, tiene su centro en la rivalidad con Brasil y ha sido, en buena medida, reactiva a las proyecciones de su gran vecino del norte.¹⁸ Como importante centro editorial, Argentina ha sido, al propio tiempo, la principal propagadora del pensamiento geopolítico clásico y latinoamericano.

Este pensamiento geopolítico latinoamericano, de influencia solo regional, sin ninguna resonancia internacional, constituye básicamente una reflexión de epígonos de los geopolíticos europeos, en especial

Si bien —a diferencia de los modelos europeos y norteamericanos— la geopolítica latinoamericana contempló de alguna manera el tema del desarrollo económico, la problemática quedó subordinada a las preocupaciones centrales de la rivalidad interestatal y, desde el final de la Segunda guerra mundial, al conflicto Este-Oeste.

MacKinder y los alemanes, pero también del norteamericano Nicholas Spykman, cuya influencia es particularmente visible en la obra de un autor como Golbery do Couto e Silva,¹⁹ adaptada a las realidades geográficas del subcontinente, y en los ejemplos mencionados —los más importantes de la región—, al caso específico de la geografía del Cono sur. Ha sido también, como en los autores clásicos que lo inspiraron, un pensamiento que contribuyó a la rivalidad y la confrontación entre Estados, agudizando querellas fronterizas y por recursos naturales, que hunden sus raíces en el pasado colonial de los países latinoamericanos. Asimismo ha servido para exacerbar las carreras armamentistas y exaltar el papel de los militares en las sociedades regionales.

Si bien —a diferencia de los modelos europeos y norteamericanos— la geopolítica latinoamericana contempló de alguna manera el tema del desarrollo económico, la problemática quedó subordinada a las preocupaciones centrales de la rivalidad interestatal y, desde el final de la Segunda guerra mundial, al conflicto Este-Oeste. La mayoría de los geopolíticos latinoamericanos —de manera eminente los brasileños, pero también los chilenos y hasta cierto punto los argentinos, con las reservas que les imponía la «amenaza» brasileña—, optaron abiertamente por Occidente en la confrontación global, que va a repercutir en América Latina después del triunfo de la Revolución cubana en 1959, y durante las décadas de lucha armada en la región en los años 60 y los 70, sobre todo.

La Geopolítica brasileña llegó a sustentar toda una concepción justamente tildada de «subimperialista», de estrecha alianza con los Estados Unidos, a cambio de un papel preponderante de Brasil en América del Sur y el Atlántico Sur. Papel de gendarme subordinado, que expresa la obra de Couto e Silva y el pensamiento del grupo militar que asciende al poder tras el golpe de 1964, inspirado de manera servil en las concepciones de Spykman.²⁰

Esta geopolítica confrontacionista entronca de manera fluida con la llamada «Doctrina de Seguridad Nacional», elaborada en los Estados Unidos y Europa después de la Segunda guerra mundial, y que adquiere

relevancia en América Latina tras el triunfo de la Revolución cubana y sus repercusiones continentales. Como ha escrito un investigador alemán, «la Geopolítica fue precursora de la Doctrina de Seguridad Nacional de las dictaduras militares sudamericanas en los años 60 y los 70, y los generales, adiestrados geopolíticamente, intentaron justificar de esta manera su dominio discrecional y los procedimientos represivos de la oposición interna».²¹

La Doctrina de Seguridad Nacional, implementada por los gobiernos militares establecidos en varios países del Cono sur en esas décadas, para impulsar supuestos planes de desarrollo nacional de perfil castrense-tecnocrático, aunque se diferencia de las antiguas concepciones geopolíticas, se inspira en algunos de sus postulados: el Estado como un organismo viviente, supraindividual y, por tanto, supraclasista, encarnación de una supuesta voluntad nacional; la ubicación pro-occidental en la confrontación global y el consiguiente enfrentamiento a la amenaza externa e interna; la exaltación del papel de un grupo selecto capaz de realizar esa voluntad nacional de raíz geopolítica, porque —como expuso una publicación argentina— «solamente una élite pensante, lúcida, clarividente, soñadora, con la grandeza de insobornable patriotismo y enraizada en la propia comunidad, puede revitalizar el pasado a fin de proyectarlo y plasmar la concepción renovadora del estilo de vida de un pueblo en marcha hacia el futuro»;²² un régimen absolutista de corte militar, donde las élites castrenses definen quién es el enemigo interno, desde los «subversivos» hasta partidos tradicionales y otras organizaciones, culpables de la ineficiencia del Estado; y la subordinación última de la planificación para el desarrollo al mantenimiento de la seguridad nacional.

No hay contribuciones teóricas directas de la Geopolítica a la Doctrina de Seguridad Nacional, pero sí una inspiración básica fundamental, en hombres educados durante años en ese pensamiento en las academias de guerra regionales. La Doctrina y el llamado «Estado de Seguridad Nacional» llevaron a los horrores de las guerras internas en varios países latinoamericanos: Chile, Argentina, el propio Brasil, Guatemala. Y aunque

supuso coyunturalmente la colaboración en la represión entre varios regímenes militares («Operación Cóndor» en el Cono sur), mantuvo toda la herencia de rivalidades tradicionales y profundizó la subordinación al esquema de dominación continental de los Estados Unidos, fundamento de su estrategia confrontacionista global con el bloque del Este.

Con el fin de los regímenes militares en los años 80, los procesos de democratización (por limitados o insuficientes que sean en algunos casos), la reactivación de las sociedades civiles y los procesos de integración, se ha desarrollado un nuevo contexto entre los Estados de la región, más dialoguista y cooperativo, lo que, de hecho, supone una reestructuración de las concepciones de seguridad.

En particular en el Cono sur —tradicionalmente cargado de rivalidades geopolíticas—, se ha desarrollado un proceso de negociación y solución de los viejos diferendos territoriales, y de elaboración de un conjunto de medidas de confianza entre los establecimientos militares, que condujo a la reducción de las tensiones y las carreras armamentistas. La declaración del Atlántico Sur como zona de paz y cooperación, adoptada por una Resolución de la ONU en 1986, terminaba con una era de rivalidades por la hegemonía regional, en colusión con la potencia dominante en Occidente, a lo que se suman los acuerdos brasileño-argentinos de renuncia al arma nuclear, como contribución decisiva a la desnuclearización de América Latina.

El proceso ha tenido repercusiones en todo el subcontinente y, con el fin negociado del conflicto centroamericano, «América Latina —al decir de un estudioso chileno— es vista como un área de estabilidad y bajo nivel de conflicto» y como «una de las regiones con menor gasto militar». ²³ A pesar de la guerra entre Perú y Ecuador, la afirmación se sostiene en general para toda la región, donde los viejos conflictos tradicionales se encauzan en procesos negociadores o, simplemente, se congelan esperando por una mejor oportunidad para desbloquearlos por la vía diplomática.

La cooperación que progresa entre los Estados y sus fuerzas armadas, está acompañada por nuevas nociones sobre la seguridad que, sin abandonar enteramente las tradicionales preocupaciones de orden militar, se abren a otras consideraciones como el desarrollo económico efectivo, el medio ambiente y otros temas. ²⁴ Los procesos de integración, en marcha a escala subregional —MERCOSUR, Pacto Andino, mercado centroamericano, Asociación de Estados del Caribe— contribuyen a consolidar este nuevo clima hemisférico.

En la reflexión geopolítica latinoamericana se percibe asimismo, ya desde los años 80, una tendencia

significativa hacia una nueva comprensión de los espacios geográficos, distanciada de las concepciones que acentuaban la rivalidad y los conflictos. La nueva manera de «pensar el espacio», en contraste con la Geopolítica tradicional, subraya ahora las posibilidades espaciales de la cooperación y la integración. Las fronteras, las vías fluviales, las cuencas hidrográficas, los recursos, comienzan a ser considerados en términos de cooperación y como bases para la integración a favor de un genuino desarrollo para todos.

La vieja Geopolítica «nacional», que exaltaba las pretensiones hegemónicas sobre determinadas áreas y supuestos «destinos manifiestos» sobre apoyaturas geográficas, se desplaza hacia una Geopolítica regional que, como ha dicho un estudioso venezolano, «en lo que respecta a las naciones ubicadas en la misma región geográfica [...] facilita el análisis de las áreas de mutua influencia y, por consiguiente, las posibilidades de cooperación y reducción de sus diferencias». ²⁵ Esa peculiar comprensión —casi podría decirse, sensibilidad— de las realidades geográficas, virtud esencial de la Geopolítica, comienza ahora a servir a propósitos afirmativos en un sentido más humanista, como el que presidió, por ejemplo, la reflexión geográfica de los estudiosos anarquistas del siglo XIX, Kropotkin y, sobre todo, Eliseo Reclus. ²⁶

El nivel regional, precisamente, se afirma como una dimensión significativa del contexto internacional actual, por la mayor importancia que adquieren en términos de seguridad las dinámicas regionales, en comparación con las globales, en la era de posguerra fría, y los procesos de integración en curso que se aceleran sobre líneas continentales. Si una región puede ser definida, en términos geográficos simples, como un área contigua con algunas comunidades, además de la proximidad geográfica, ²⁷ no cabe duda que América Latina, en su conjunto, tiene mucho más en común (idioma, cultura, idiosincrasia) que otras regiones. Esto puede coadyuvar a la exitosa culminación de un genuino proceso de integración.

Tales cambios en el pensamiento geopolítico solo comienzan a insinuarse en medio de la transformación del contexto internacional y regional. Persisten aún sospechas y recelos. «La continuación de visiones geopolíticas que se agotan en la competencia entre países en el escenario subregional, dificulta la colaboración entre Fuerzas armadas», ha escrito el Director Ejecutivo del Centro de Estudios Estratégicos de la Armada de Chile. ²⁸ Para superar viejas rivalidades y pretensiones irrealistas, es necesario consolidar la integración efectiva de América Latina en función del desarrollo, que supere las dramáticas condiciones económicas y sociales presentes, fuente de una

desigualdad atroz, que cuestiona los fundamentos y la gobernabilidad de las recientes experiencias democráticas.

En este contexto, tendrá un peso significativo la proyección geoestratégica de los Estados Unidos, la potencia hegemónica en el hemisferio, cuyos geopolíticos de principios y mediados del siglo xx esbozaron, en su hora, todo un diseño de supremacía en las Américas, como base de su posición preponderante en el mundo. Washington define una nueva agenda de seguridad hemisférica, centrada en temas como el terrorismo, el narcotráfico, las migraciones. Ello se perfila como una cortina de humo que encubre una reafirmación hegemónica, entorpece el desarrollo de un sistema de medidas de confianza y seguridad multilateral en el hemisferio, mantiene su hostilidad agresiva y anacrónica —típica de la Guerra fría— contra Cuba, y en un tradicional movimiento pendular entre los principales Estados de América del Sur —esta vez a favor de Buenos Aires—, declara a Argentina socio privilegiado extrarregional de la OTAN, alentando con ello antiguas rivalidades.

Mientras el cierre de sus bases en la Zona del Canal de Panamá es compensado por nuevas instalaciones en el Caribe, y hasta en América del Sur, se otorgan créditos millonarios a Colombia bajo el pretexto de la lucha contra las drogas, y aumentan las sospechas de una intención antisubversiva que puede conducir a una eventual intervención en mayor escala, se delinea una proyección estratégica que parece afirmarse en una suerte de «Geopolítica del narcotráfico y el terrorismo» —que no es compartida por todos los Estados al sur del hemisferio²⁹—, y cuya centralidad en la óptica de Washington, margina los verdaderos problemas del subcontinente latinoamericano.

Con estructuras democráticas frágiles y poco participativas, con problemas económico-sociales agravándose por la aplicación de la ortodoxia neoliberal, y la potencia norteamericana ejercitando su musculatura hegemónica cuando no tiene que enfrentar rivales globales a la vista, no puede descartarse el resurgimiento en América Latina de viejas rivalidades y aspiraciones confrontacionistas, como salidas falsas a los dramáticos problemas de nuestros pueblos. Para algunos, especialmente en los establecimientos militares, todavía resulta particularmente atrayente, y puede que en algún momento funcional, esa «belleza demoníaca de la Geopolítica» de que hablaba el General Haushofer.³⁰

Notas

1. Para una definición de Geopolítica, véase Hans W. Weigert, *Geopolítica, generales y geógrafos*, Fondo de Cultura Económica, México,

D. F., 1943, y Jorge Atencio, *¿Qué es la Geopolítica?*, Ed Pleamar, Buenos Aires, 1975.

2. Cit. por Jorge Atencio, ob. cit., p. 27.

3. Vivian Trias, *Imperialismo y geopolítica en América Latina*, Ediciones El Sol, Montevideo, 1969; Geoffrey Parker, «Continuidad y cambio en el pensamiento geopolítico occidental durante el siglo XX», *Revista Internacional de Ciencias Sociales (UNESCO)*, n. 127, marzo de 1991.

4. Sobre MacKinder, véase su texto clásico «El eje geográfico de la Historia», en *Antología Geopolítica*, Ed. Pleamar, Buenos Aires, 1975. Sobre Mahan, el excelente estudio de Philip A. Crowl, «Alfred Thayer Mahan: The Naval Historian», en *Makers of Modern Strategy*, Princeton University Press, 1986. Sobre ambos, véase Vivian Trias, ob. cit.

5. Véase Nicholas Spykaann, *America's Strategy in World Politics*, Harcourt, Brace and Co., Nueva York, 1942.

6. Geoffrey Parker, ob. cit.

7. Yves Lacoste, *La Géographie, ça sert, d'abord, a faire la guerre*, Maspéro, París, 1976.

8. Debe relativizarse el vínculo de Haushofer con el nazismo. Si bien fue amigo personal de Hess, mantuvo ciertas distancias con el régimen y, como exoficial de Estado Mayor, fue detenido después del atentado a Hitler del 20 de julio de 1944. Su doctrina abogaba fuertemente por la alianza con Rusia, lo que estaba en evidente contradicción con toda la proyección del nazismo y su invasión a la URSS, en 1941.

9. Véase, en este sentido, los comentarios de Vivian Trias, ob. cit. También mi trabajo «Actualidad de una Geopolítica olvidada», en *Política Exterior de Estados Unidos: doctrinas y dilemas*, ISRI, La Habana, 1988.

10. Véase Raymond Garthoff, *Detente and Confrontation*, The Brookings Institution, Washington, 1994, p. 6. Este renacimiento de la Geopolítica en Occidente fue tempranamente percibido en el bloque del Este. Véase Herbert Schwenk, «Geopolitische Schützenhilfe für Imperialistische Expansions und Kriegspolitik», *IPW, Berichte*, n. 1, Berlín, 1982. También Geoffrey Parker, ob. cit.

11. Zbigniew Brzezinski, *The Grand Chessboard*, Basic Books, 1997. Sobre su concepción del «arco de crisis», véase Fred Halliday, *Soviet Policy in the Arc of Crisis*, Institute for Policy Studies, Washington, 1991. En los años 70, surgió una nueva concepción geopolítica, elaborada por el profesor Rocco Paone, de la Academia Naval de Annapolis, que sustituía el *heartland* euroasiático de MacKinder, por el Océano Índico como nuevo eje o pivote geográfico contemporáneo. Véase Rocco Paone, «The Soviet Threat in the Indian Ocean», *Military Review*, Washington, diciembre de 1970.

12. Raymond Garthoff, *The Great Transition*, The Brookings Institution, Washington, 1994, p. 38. Asimismo Michael T. Klare, *Beyond the Vietnam Syndrome*, Institute for Policy Studies, Washington, 1982, p. 51.

13. «Economic Security of Japan», MITI, 1982. Cit. en Manuel Araya, «Las relaciones entre Costa Rica y Japón en perspectiva histórica», *Relaciones Internacionales*, n. 34, San José de Costa Rica, 1991.

14. Nikolaus Werz, *Pensamiento sociopolítico moderno en América Latina*, Nueva Sociedad, Caracas, 1995, pp. 90-101.

15. Para una visión de conjunto de la Geopolítica en América Latina, véase Nikolaus Werz, ob. cit., p. 90-101; Vivian Trias, ob. cit.; Phillip Kelly y Jack Child, *Geopolítica del cono sur y la Antártida*, Ed. Pleamar, Buenos Aires, 1990; Carlos E. Celis, *Geopolítica regional*, Presidencia de la República, Caracas, 1994.

16. Véase Philip Kelly, «Temas tradicionales de la geopolítica brasileña y el futuro de la geopolítica en el cono sur», en Phillip Kelly y Jack Child, ob.cit.; y Osiris Troiani, «El viejo sueño imperial de los brasileños», *Redacción*, n. 6, Buenos Aires, agosto de 1973.

17. Véase Howard T. Pittman, «De O'Higgins a Pinochet: Geopolítica aplicada en Chile», en Phillip Kelly y Jack Child, ob.cit.

18. Sobre la Geopolítica en Argentina, véase Phillip Kelly y Jack Child, ob. cit.; Nikolaus Werz, ob. cit. Un buen ejemplo del pensamiento geopolítico argentino es la obra citada del Coronel Jorge Atencio.

19. Sobre Golbery véase su obra *Aspectos Geopolíticos do Brasil*, Biblioteca do Exército, Sao Paulo, 1957.

20. Sobre los vínculos entre Golbery y Spykman, véase Vivian Trias, ob. cit., p. 319-32.

21. Nikolaus Werz, ob. cit., p. 91.

22. *Geopolítica*, n. 7/8, Buenos Aires, 1977.

23. Véase Francisco Rojas, «Cooperación y seguridad internacional en las Américas: nuevos conceptos, nuevos riesgos, nuevas

El pensamiento geopolítico latinoamericano en los 90.

amenazas», en *Cooperación y seguridad internacional en las Américas*, Nueva Sociedad, Caracas, 1999, p. 19.

24. *Ibidem*.

25. Carlos E. Celis, ob. cit., p. 34.

26. Sobre la proyección humanista de los geógrafos anarquistas de la segunda mitad del siglo XIX, véase Geoffrey Parker, ob. cit.; e Ives Lacoste, *La Géographie...*, ob. cit.

27. Paul M. Evans, «The Convergence of Eastern Asia and its Implications for Canadá», *International Journal*, n. 3, Toronto, verano de 1992.

28. Fernando Thauby, «Construyendo el régimen de seguridad regional», en *Cooperación y seguridad internacional en las Américas*, ob. cit.

29. Raúl Benítez Manaut, «La seguridad hemisférica a finales de siglo: obstáculos y avances para la cooperación internacional», en *Cooperación y seguridad...*, ob. cit., p. 66.

30. Cit. por Hans W. Wigert, ob. cit.

© **TEMAS**, 2002.